

Haití El significado Histórico

DE LA REVOLUCIÓN DE SAINT-DOMINGUE

Suzy Castor

A Blas Santos, un cazador de utopías

Existen eventos que no sólo cambian el curso de la vida de un pueblo, sino que trascienden a la humanidad toda. Cobran por su significado un valor universal y se vuelven inmortales. Basta citar, por ejemplo, la revolución francesa en el siglo XVIII, la revolución rusa y la cubana en el siglo XX. Estos acontecimientos dibujan nuevos rumbos en esta gran marcha de la humanidad. Sus legados históricos representan brújulas conductoras, las cuales en momentos decisivos infunden a los pueblos confianza en sí mismos, alimentan el imaginario popular y mueven resortes insospechados para la acción histórica.

Uno de estos acontecimientos insoslayables fue sin duda la revolución de Saint-Domingue, al finalizar el siglo XVIII. Muy compleja en sus aspectos racial, social, anticolonial y antiesclavista, marcó profundamente la vida de tres continentes involucrados en el tráfico comercial triangular de la trata de esclavos.

Europa —a través de Francia— estaba entonces en un pujante auge de desarrollo capitalista, en el cual la explotación de las colonias jugó un papel importante en la acumulación de capital. África era la proveedora de “madera de ébano”, a través de la trata de negros que vinculaba el continente negro y las metrópolis a las colonias del Nuevo Mundo. Catalizador del desarrollo industrial en la metrópoli, el continente negro nutría también a los Estados Unidos, que se beneficiaban libremente de un nuevo mercado con la ruptura del exclusivismo del pacto colonial. Asimismo, alejando del continente americano los sueños de expansión de Napoleón, la revolución haitiana creaba condiciones favorables para la compra de Louisiana, cuya adquisición duplicaba el territorio de la nueva República norteamericana.

Haití, como precursora de la emancipación, iniciaba para la América española una nueva etapa correspondiente a la independencia. Es precisamente en Haití donde los descendientes africanos escribieron la primera página del proceso de liberación de los pueblos latinoamericanos, sometidos al yugo del colonialismo. La abolición de la esclavitud y el surgimiento del primer país independiente de América Latina, constituyen un



Toussaint Louverture

hecho de excepcional interés en el proceso de liberación de los pueblos del colonialismo.

Tan singular y excepcional resulta este acontecimiento histórico, subversor del orden colonialista, racial e incluso imperial, que nos puede sorprender el hecho de que la historiografía, los historiadores e incluso la mayoría de los intelectuales, no hayan calibrado en toda su dimensión tal evento. Habría que recordar por ello a los escritores antillanos C. L. R. James con el clásico *Los Jacobinos Negros*, Aime Césaire con su penetrante análisis en su *Toussaint Louverture*, José Luciano Franco con el erudito *Historia de la revolución de Haití*, y Alejo Carpentier, uno de los que más hizo conocer con lo real maravilloso de sus novelas *El siglo de las luces* o *El reino de este mundo*, el contexto, la complejidad, la grandeza, los dilemas y lo maravilloso de la revolución haitiana y de sus héroes.

Saint-Domingue: esclavitud y colonia

Saint-Domingue, Isla de la Tortuga, estas palabras despertaban desde siempre la imaginación y la codicia de las potencias europeas más fuertes de la época, Inglaterra, España, Francia, Holanda, aferradas entonces en una rivalidad

sin merced en este mar Caribe, “frontera imperial”, como dijera Juan Bosch.

Ya en los albores del siglo XVII, después de años de una subrepticia ocupación de las tierras de Santo Domingo, todavía bajo dominio español, las sucesivas olas de aventureros, piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros franceses, verdaderos agentes de la corona, condujeron a la erección de una eficaz administración colonial en la parte occidental de la isla. La explotación intensiva de este minúsculo pedazo de tierra la transformó en la más floreciente de las colonias. En vísperas de la revolución francesa de 1789, esta colonia, considerada como la perla de la corona, contaba con 793 trapiches, 3.150 añilerías, 789 algodonerías, 317 cafetales, 182 destilerías de aguardiente de caña y 50 cacaotales, además de incontables tenerías, tejares, talleres de tabiques, mosaicos y otras caleras. La producción agrícola e industrial de Saint-Domingue, en su expresión comercial, proporcionaba a Francia dividendos similares a los que la América española prodigaba a España.

El floreciente comercio con esta isla, primera productora mundial de azúcar, mantenía constantemente ocupados a 750 buques de la marina mercante francesa, tripulados por 80 mil marinos. Los 500 mil esclavos, 40 mil blancos, 28 mil libertos, y una recepción anual de 25 a 30 mil africanos, conformaban una sociedad compleja, muy jerarquizada, donde se entrecruzaban antagonismos múltiples a diferentes niveles.

En este siglo de las luces dominado por las ideas de los enciclopedistas, cuando los vientos libertadores y renovadores de la igualdad y fraternidad de la revolución francesa acompañaban el amanecer del capitalismo moderno, esta riqueza reposaba en una de las explotaciones más vergonzosas de la historia: la esclavitud. El trabajo de los esclavos, base de la organización social, de la producción en las plantaciones y en los ingenios, aseguraba el auge económico, la prosperidad de esa sociedad, y sentó las bases del capitalismo moderno a escala mundial. Parafraseando a Eric William, se podría decir: “No negros, no azúcar”.

Las reivindicaciones se multiplicaban: más autonomía frente a la metrópolis reclamaban los blancos, igualdad cívica con los blancos reivindicaban los libertos, resistencia multiforme y constante de los esclavos, y juego de influencias de Inglaterra, España y otras potencias europeas, así como de los Estados Unidos. En realidad, aunque los contemporáneos ni de lejos lo sospechaban, Saint-Domingue se movía sobre un polvorín cada día más peligroso.

La lógica del sistema esclavista

En efecto, con lágrimas, sudor y sangre, la fuerza de trabajo de los esclavos alimentaba la economía de plantación, sobre la cual se asentaban en gran parte la intensa acumulación de capital comercial y la prosperidad de la burguesía francesa. Las técnicas de control, terror, represión y tortura se complementaban con todo un andamiaje religioso, cultural y político que explicaba y justificaba el sistema, la trata y la esclavitud, en nombre de la civilización cristiana. Más riquezas se producían, más salvaje e intensa se volvía la

explotación y más inicuas las condiciones de esos transplantados africanos, fuertes, jóvenes, cuya vida útil en la colonia se calculaba en apenas siete años. Como lo decía, otra vez, Eric William: “Curioso, que un producto tan dulce y tan necesario para la existencia como el azúcar, haya podido incitar a tantos crímenes y a tanta sangre”. La burguesía revolucionaria francesa se acomodaba muy bien, aunque a veces desconcertada por las contradicciones entre los principios de su revolución, inscritos en la Declaración de los Derechos del Hombre, y las “nefastas” consecuencias de una abolición de la esclavitud.

El estallido

A esa explotación inmensamente brutal respondió la insurrección de los que no eran nada, que no tenían cara, ni nombre, familia, derecho, tierra o patria. El rechazo de su condición de esclavos por esta masa heteróclita de los negros secuestrados de Dahomey, Senegal, Costa de Marfil o de regiones más profundas de África, estalló en una rebelión sin precedente. Explotó arrastrando un potencial revolucionario insospechado para la metrópolis francesa. La irrupción se realiza en medio de grandes violencias. Era el fin de la resistencia individual o limitada de los cimarrones, y el inicio de una rebelión con sacrificios y dolor, pero también con heroísmo, grandeza humana, gloria y penacho.

Se inició entonces la revolución más compleja de los tiempos modernos, que adquirió las características de una guerra social de esclavos contra amos, guerra racial de negros contra blancos, una guerra entre potencias imperiales rivales, una lucha de liberación nacional. Los fundamentos ideológicos de la esclavitud, del colonialismo y del racismo son sacudidos de raíz: “En este sentido la revolución de Haití era inconcebible en su tiempo, pues trastornó el espacio ideológico en el cual surgieron hombres tales como Toussaint Louverture, Dessalines, Petion, Christophe”. La amplitud de tal fenómeno iba más allá de lo que muchos hombres de la época podían entender.

La conquista de la libertad

Las formas de resistencia utilizadas hasta entonces por los esclavos quedaron bien atrás, cuando los tímidos reclamos o sueños de mejorías en las condiciones de su vida se transformaron rápidamente en reclamo de la libertad. Un brasero ardiente prendió y arrastró a los esclavos. Estos, rechazando el dios de los blancos, invocaron a sus dioses, que les ordenaban por voz del sacerdote vudú Boukman “kouté la libète, ki pale nan kè nou” (escuchen la libertad que habla en vuestro corazón) para consagrar la legitimidad del derecho a la rebelión y a la insurrección.

El 21 de agosto de 1791, en un hecho impensable, se proclamaron libres. Esta jornada magna, como el 14 de julio de 1789, con la toma de la Bastilla, representó una fecha crucial en la historia de la liberación de los pueblos, constituyendo un acontecimiento que trastornará todo el sistema colonial y la estructura misma de la sociedad y de la economía. El terror ejercido durante “siglos de barbarie

habían vuelto bárbaro al pueblo”. Los negros, sin capacidades técnicas, recurrirán a la violencia como respuesta al terror permanente y secular del sistema esclavista que habían vivido en cuerpo y alma. Para ellos, la libertad no era ya negociable. La Convención Nacional de Francia tuvo que reconocer el *fait accompli* y proclamar oficialmente la abolición de la esclavitud en las colonias francesas. Las condiciones de la conquista de esa libertad en Saint-Domingue tendrán repercusiones sobre el derrumbe del sistema esclavista. Nunca se pudo restablecer ahí, como en otras partes, la esclavitud, y tampoco se pudieron asentar nuevas bases ideológicas para justificarla.

De la libertad a la independencia

La gigantesca figura de Toussaint Louverture contribuyó a consolidar la libertad conquistada. Como gran estratega, y hombre de estado genial, libera al territorio de la colonia de la ocupación inglesa y española, establece relaciones diplomáticas con otras potencias, monta un aparato militar, reconstituye la economía, organiza y define para Saint-Domingue una autonomía de la metrópolis que linda la independencia. Esta visión extraordinaria para la época no podía ser entendida ni por la misma metrópolis, en nombre de la cual este hombre poco común quería promover esas reformas visionarias.

En estos vaivenes de revolución y contrarrevolución, la respuesta de Napoleón Bonaparte fue el envío a Saint-Domingue de una expedición de 60 mil hombres para el restablecimiento de la esclavitud y el control total de la colonia. La maquinaria aplastante del imperio, con los veteranos de las conquistas europeas, debía demostrar a los indígenas la inutilidad de cualquier resistencia. Error. El gran ejército francés tuvo que recurrir a las armas de la traición para deportar a Louverture. De hecho, con su desaparición del escenario se abrió la etapa de la guerra total. Era un hecho cada día más evidente que la conservación de la libertad estaba íntimamente ligada a la independencia. Qué tan ciertas eran las palabras proféticas que Louverture pronunció al ser deportado: “Al derribarme, se cortó solamente el tronco del árbol de la libertad de los negros. Volverá a brotar porque sus raíces son potentes y numerosas”.

La guerra total y el triunfo

A menudo se nos escapa cuán desproporcionado fue el enfrentamiento de esos esclavos andrajosos, contra las tropas napoleónicas que disponían de las tecnologías más avanzadas de la época, la experiencia de incontables campos de batalla, los medios del aparato de estado y la arrogancia de gran

La proclamación de la independencia en Gonaives, el 1° de enero de 1804, daba nacimiento a una nueva nación libre e independiente

potencia. Napoleón se dio rápidamente cuenta de que había subestimado la determinación de estos ex-esclavos.

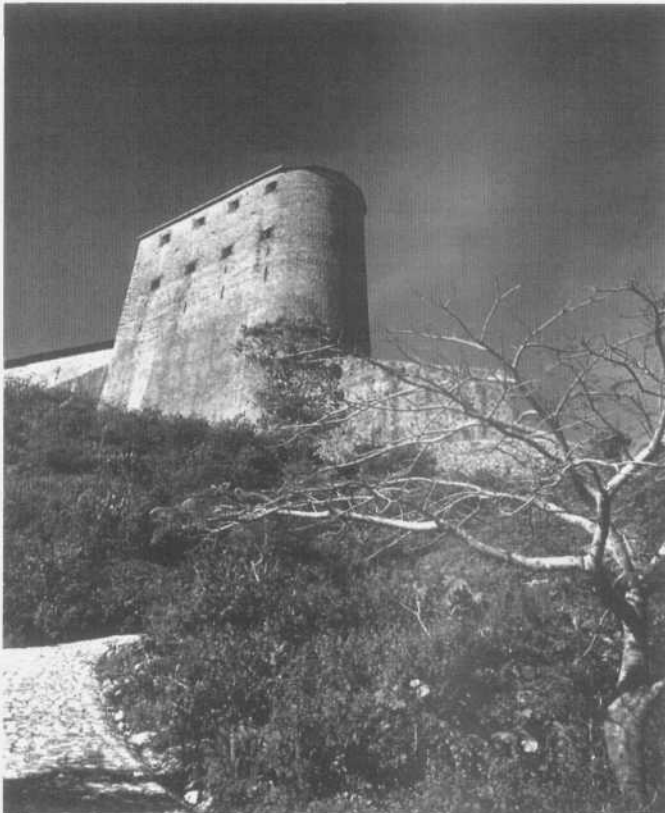
Los insurgentes movilizaron todos sus recursos y conocimientos, desarrollaron estrategias y tácticas militares eficaces, pusieron en marcha con intuición todos los medios políticos, psicológicos y religiosos al servicio de su causa. Con tenacidad, más allá de toda rencilla, realizaron la unidad en la cima con los diversos generales y por la base con los jefes cimarrones que difícilmente se podían someter a la disciplina de un ejército. Jean Jacques Dessalines fue reconocido como general en jefe.

Se demostró con ello que cuando los hombres tienen la convicción de que sólo el combate les permite salvar lo que no es negociable, son capaces de una determinación increíble, de valor, heroísmo, creatividad, confianza en sí mismos. Por ello, llevaron adelante una lucha sin merced, sin cuartel, de tierra quemada, y la guerra adquirió un nivel inusitado de violencia frente a la violencia espantosa desatada por el poder imperial. El último episodio de esta guerra, la batalla de Vertières, el 18 de noviembre de 1803, ilustra el genio y el descomunal heroísmo del ejército indígena, consagrando la derrota de las tropas imperiales y la pérdida de la colonia por Francia. Fue una victoria titánica, inconcebible para la época. Y el general Donatien Rochambeau, uno de los oficiales franceses más capacitados y crueles, tuvo que firmar la capitulación del imperio.

Un proceso histórico: la construcción de una nueva nación

La proclamación de la independencia en Gonaives, el 1° de enero de 1804, daba nacimiento a una nueva nación libre e independiente. Los cultivadores, soldados, generales, mujeres y hombres unidos en un mismo espíritu, compartían la convicción de vivir una epopeya única, de significado excepcional, fruto de sufrimientos incommensurables, heroísmo, valor, patriotismo y generosidad: “El pueblo y los soldados se confundían con entusiasmo en abrazos jurándose vivir libres e independientes”. Estos objetivos constituían factores estructurantes de la nacionalidad, y ésta se fue forjando en las plantaciones, en las conspiraciones libertarias, en el ejército indígena, en el crisol de la guerra de independencia, al mismo tiempo que surgían factores centrífugos de intereses sociales y económicos diferentes o contradictorios, elementos culturales y étnicos, de cosmovisiones de la vida libre. La integración nacional planteaba un gran desafío para esa comunidad de hombres y mujeres que ya tenían territorio propio, cuya apropiación y poblamiento constituían en sí una gran labor. Había que fortalecer una nación, crear una comunidad étnica homogénea y construir un país.

Las grandes potencias nunca aceptan que los países considerados como subordinados por leyes naturales afirmen su soberanía, sobre todo cuando eso toca sus intereses. La osadía de un pequeño estado negro, pretendiendo ser un país igual que todos los otros, fue percibida como una bofetada por el mundo blanco, esclavista y colonialista. Más aún, no se podía perdonar el miedo que suscitó por el “mal ejemplo”



La Citadelle, Haiti

que ofrecía. Fuera de los obvios problemas internos, el nuevo estado tiene que defenderse de los proyectos de reconquista de los franceses, sortear las intenciones de dominio de Inglaterra, recurrir a una diplomacia hábil con una Norteamérica esclavista, y luchar para que se le reconozca el derecho a existir. El castigo inexorable fue el cordón sanitario impuesto por las potencias mayores a la joven nación. La necesidad de defenderse del peligro exterior, la ruptura con la ex-metrópoli, que llegó hasta la eliminación física de los franceses en el territorio, se convierte en un factor más de cohesión de la nación.

Después de haber observado las dificultades de los países de África y de Asia en su acceso a la independencia en el siglo XX, la imposición de embargo a países considerados rebeldes o indeseables, las batallas diplomáticas para llegar a su aislamiento, las acciones encubiertas para destruirlos, se puede imaginar hoy día, *mutadis mutandi*, la multiplicación de los obstáculos y dificultades que habría de sobrellevar este pequeño país en el amanecer del siglo XIX. No podía referirse a las experiencias de otros pueblos que ya hubieran accedido a la vida independiente, ni apoyarse en la solidaridad de otras naciones “amigas”. “Independiente y solitaria”, según un perspicaz investigador haitiano, Benoît Joachim, Haití tenía que crear con titubeos, pasos en falso, caídas, su identidad definida en el concierto de las naciones.

Sin embargo, pese a sus dificultades, tanto por su ejemplo como por su acción, Haití jugó un papel importante en la emancipación latinoamericana. No obstante su política de no-intervención, ya en su acta de independencia acordaba libertad y nacionalidad a todos los negros que pisaran el suelo

haitiano. Abrazando la causa de los países del Continente, ofreció refugio a Mina, Francisco de Miranda y al gran Simón Bolívar, así como armas, municiones, naves, aprovisionamiento y voluntarios para reanudar la lucha, particularmente en Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador. Con generosidad y humanismo, abogaba por la abolición de la esclavitud y la independencia de los otros países del Continente. Simón Bolívar escribía en esta época a Alejandro Petion: “Usted es el primero de los bienhechores, un día América le proclamará como su libertador”.

Un modelo híbrido

Saint Domingue, esta colonia próspera, había muerto. La nueva Haití nacía de las cenizas de plantaciones quemadas, de infraestructuras destruidas en un mundo inmensamente hostil. Si la conquista de la libertad y de la independencia fueron obras de gigantes, esta construcción nacional se va a revelar como una empresa todavía más difícil para esos hombres y mujeres con intereses diferentes, múltiples y contradictorios, que en este pedazo de tierra habrían de resolver sus problemas y llegar a una meta de envergadura.

La aceptación consensual y tácita del militarismo en las prioridades del poder para defender el suelo patrio, y la sedimentación de una nueva identidad nacional más allá de las múltiples etnias africanas, constituyen cimientos a partir de los cuales se van a manifestar visiones diferentes y aún opuestas en la organización de la nueva sociedad y la reconstitución del aparato productivo. Por una parte, el modelo de la plantación sin esclavitud, apoyado en el cultivo de productos de exportación según las exigencias del capitalismo comercial dominante. Por la otra, el modelo de la pequeña propiedad campesina orientada hacia el cultivo de víveres para la satisfacción de las necesidades internas. Hecho único en América, el estado es propietario del 90% de las propiedades, y el poder de estado garantiza el acceso a la propiedad. La visión de los dirigentes militares y regionales se impondrá. De ahí los malentendidos, la fragilidad y la exclusión inherentes al modelo que se adopta.

Los cambios intervenidos vaciaban de su contenido a la plantación postcolonial: destrucción de las plantaciones, huida de la tecnología y los capitales, falta de mercados, y sobre todo, la ausencia de mano de obra, porque pese a los reglamentos de cultivo excesivamente severos, los ex-esclavos se niegan a trabajar en las plantaciones y cultivan, como verdaderos cimarrones, su pequeño huerto. Las dos concepciones, en una lucha abierta o sorda pero siempre presente, se codean y combinan sus estructuras: la economía cafetalera reemplaza a la azucarera, y da a Haití unas características diferentes de las de otros territorios.

También, las líneas de fuerza del nuevo estado entrecruzaron el modelo europeo y africano en la adopción de las instituciones públicas, en la construcción del cuadro legal y la realidad de su aplicación. Las relaciones sociales reprodujeron con la misma imbricación y ambigüedad la cultura de plantación y de la contra-plantación, la creación de

Los tiempos que vivimos, pese las tinieblas, son portadores de esperanza

valores culturales y las pautas de comportamiento. Así, en esas circunstancias propias, se va desarrollando una nueva identidad que cristaliza en la nacionalidad.

Pasada la época heroica

De la época heroica de defensa de la soberanía nacional al asentamiento de esta nueva sociedad post-esclavista y post-colonial van surgiendo nuevas estructuras agrarias y productivas y otra forma de articulación hacia el mercado mundial. Al mismo tiempo reaparecen y se consolidan estructuras y modelos traídos de África que se manifestaban en las prácticas productivas, organizativas y culturales. Al final del siglo XIX se van produciendo mutaciones en la estructura socioeconómica, marcada por una gran dependencia hacia el exterior. Se fortalece una oligarquía —con un sector terrateniente mulato y negro, y un sector mercantil principalmente urbano y mulato— constituida y consolidada gracias al poder político. Esa consolidación se realiza bajo la constante presión y lucha del campesinado que se encuentra en los escalones más bajos de la pirámide social.

Llegado el primer centenario de la independencia, con el impacto de la segunda revolución industrial y el impulso del capitalismo mundial que sacude a toda América Latina, se manifiestan en el último cuarto del siglo XIX crecientes y múltiples frenos al desarrollo del capital nacional, expresiones inequívocas de las limitaciones y de la quiebra del sistema post-independencia. Las posiciones se definen cada vez más entre la oligarquía agraria y la comercial y una burguesía en germen, o entre los mismos grupos terratenientes. Los antagonismos intra-oligárquicos se expresan a través de la crisis de hegemonía política. Las luchas por la conquista del poder se volvieron tan violentas que dieron lugar, al principio del siglo, a una crisis política sin precedente. Al mismo tiempo, la oligarquía, en sus dos componentes, se encuentra frente a un campesinado descontento que, pese a sus serias limitaciones, expresa la aspiración de las masas rurales y su lucha por más justicia social. Por su estructura y su modo de funcionamiento, el estado se revela como un serio obstáculo para el desarrollo de la nación. El país reclamaba una modernización del sistema para asegurar un nuevo equilibrio de las fuerzas sociales y resolver las agudas contradicciones socioeconómicas, políticas y sociales a las cuales se enfrentaba. La ocupación del país por el nuevo imperio del siglo XX, Estados Unidos, interrumpió con brutalidad la resolución de esa crisis de crecimiento de la sociedad, tal como se presentó también en muchos países del continente.

Estableció su orden y consolidó su sistema

Haití consiguió demasiado temprano su independencia, insisten algunos analistas. Esta postura ideológica, muy peligrosa, sin fundamento alguno, esconde a menudo un

profundo desprecio y racismo. Después de doscientos años, Haití confronta una situación que lo coloca entre los países más pobres del mundo occidental, y se ha convertido en un crisol de problemas incontables. Sus ocho millones de habitantes, y más del millón de su diáspora, se han convertido en los condenados de la tierra.

La crisis no resuelta de principio del siglo XX fue ocultada por el sistema post-ocupación, que entra en descomposición abierta con el duvalierismo. A la caída de la dictadura, después de una primavera, *helas*, corta como todas las primaveras, el país vuelve a una espiral de degradación con un gobierno ilegítimo y retrógrada que sistemáticamente destruye las instituciones, persigue el fortalecimiento de un poder totalitario y sueña matar la rebelión. En esta perspectiva, una crisis ininterrumpida cubre todo el siglo XX, y la estamos arrastrando todavía en los albores del siglo XXI. De allí su profundidad y las dificultades para resolverla en las condiciones de un mundo de globalización implacable para los países chicos y pobres. Todo ello es cierto.

Sin embargo, tenemos un territorio, pese a los tremendos problemas ecológicos; somos un país, un pueblo. Portamos en nuestra conciencia la memoria viva del ayer que no está muerto, que late en cada uno de nosotros, y sobre todo tenemos esta cantera inagotable que somos los haitianos. Por ello, los tiempos que vivimos, pese las tinieblas, son portadores de esperanzas. Hoy día, nuestros sueños van más allá que nuestro fracaso. La problemática del estado nacional y de la integración se nos plantea con la misma urgencia que la problemática de la libertad e independencia en 1790.

En los momentos históricos decisivos, las elites políticas, culturales, religiosas y económicas sienten la necesidad de tomar sus responsabilidades enfrentándose a todas las dificultades, sufrimientos y sacrificios. Por ello, pese las diferencias de opinión, de intereses, de generaciones, emerge una voluntad colectiva para llevar adelante el combate de la construcción, y evitar una loca bajada al infierno, conquistar la dignidad, la creatividad, la identidad, la igualdad, la justicia y la libertad. El ayer y el hoy se encuentran a través del tiempo. En contextos diferentes a la epopeya que recordamos, la lucha de nuestros pueblos debe conquistar para todos el derecho a vivir y a soñar, que inspirara a los próceres de Haití. ■

Pétion-Ville, enero de 2004

Suzu Castor. Historiadora haitiana, residió varios años en México, en donde fue profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente, es investigadora del Centre de Recherche et de Formation Économique et Sociale pour le Développement (CRESFED), en Haití.